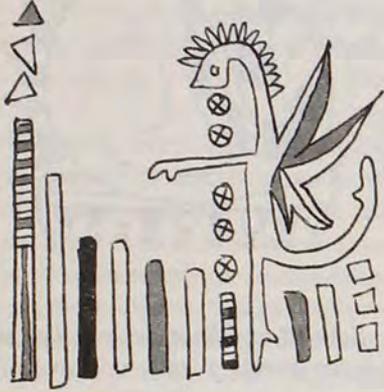


la credibilidad. No obstante, abunda en datos muy interesantes, como la planeación y construcción de la ciudad por el padre de Alejo Carpentier. En Ciénaga vivió también el sabio catalán, Ramón Vinyes. La última batalla de la Independencia se libró en su territorio, así como la última de la Guerra de los Mil Días, igual que la firma del tratado que le puso fin, episodio también narrado en *Cien años de soledad*.

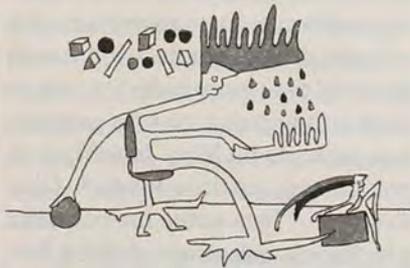


Con una persistencia admirable y casi conmovedora, el autor se empeña en encontrar los modelos de todos los personajes de Macondo en cienagueros con nombre propio y estirpe familiar. En un intento por vincular a su familia con Macondo, Henríquez traza la historia de los judíos llegados de Curazao a tierras colombianas, a los que identifica con los gitanos de Macondo. Los papeles de Melquíades contendrían la historia del pueblo judío. La cola de cerdo de los hijos incestuosos sería prueba del judaísmo de la familia Buendía y el propio Gabo, por la familia Cotes de Riohacha, de origen sefardita, tampoco escaparía a su origen judío, según Henríquez. Aquí hay judíos por todos lados, tanto que se diría, como en tanta cosa que se ha publicado sobre el origen antioqueño de los judíos, que se trató de una inmigración en masa más que de la llegada de algunos fugitivos dispersos que sentaron sus reales en territorio nacional.

Pensándolo bien, cualquier fuente es válida. En el Líbano, los colombianos somos bien vistos porque

Shakira es considerada una heroína nacional. Alguna vez me sorprendió el embajador de Macedonia en Francia con un saludo demasiado efusivo. Luego explicó: ¡Los macedonios aman a Colombia y se supone que los colombianos tenemos un vínculo de sangre muy estrecho con ellos porque su país aparece mencionado en la primera página de *Cien años de soledad*! Diría uno que eso es hilar muy delgado y, sin embargo, se siente la presencia de un afecto real apoyado en un lazo tan poco sólido. Yo siempre he tenido para mí, con el perdón de los macedonios, que el vocabulario geográfico de García Márquez se apoya en la hermosa sonoridad de nombres como Macedonia, más que en la realidad de los lugares. Qué le vamos a hacer. Las ciudades de Valparaíso y Viña del Mar son feas comparadas con la belleza de sus nombres. Pero lo que nos cuenta Henríquez sobre la inmigración judía a la costa es valioso y está bien escrito.

Otra parte del libro se ocupa de la zona bananera y de la célebre matanza, en territorio de Ciénaga, en el año de 1928. Otro fragmento, acaso el más valioso desde el punto de vista historiográfico, estudia admirablemente y con gran riqueza de datos la historia del Carnaval de Barranquilla.



La comparación entre los dos libros —entre tanto fárrago macondiano tal vez sea esta la única ocasión histórica para hacerla— ofrece más de una secreta curiosidad. Para mencionar un solo ejemplo, mientras para García Márquez el apellido Buendía viene del ambiente político de Cartagena, para Henríquez es un trasunto de sus antepasados judíos.

Sí, debe hacerse justicia a la costa, no solamente en sus escritores, los más grandes que hemos tenido, sino en sus intérpretes. A veces parece que sólo tuvieran permiso para escribir sobre los temas más importantes de la costa los escritores afincados en la fea capital de los treinta y dos campanarios. Estos dos libros son buenos. Ambos tienen conocimiento inmediato de su tema y deberían en adelante ser fuentes primarias en la bibliografía macondiana.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## El humor de la literatura

**R. H. Moreno-Durán.**  
**Fantasia y verdad. Valoración múltiple**

*Luz Mary Giraldo (comp.)*

Universidad Nacional de Colombia,  
Unibiblos, Bogotá, 2005, 378 págs.

Las agudas directrices suministradas por Luz Mary Giraldo en la compilación de este libro sobre R. H. Moreno-Durán, parecen haber cobrado mayor importancia ante la posterior desaparición del escritor en noviembre de 2005, año en que se le otorgaría la Gran Orden del Ministerio de Cultura de Colombia, seguida de la publicación de una selección de ensayos y apuntes sobre su obra bajo el título *R. H. Moreno-Durán. Fantasia y verdad. Valoración múltiple*. Vale la pena anunciar entonces la fortuna de un libro cuya 'valoración múltiple' consiste precisamente en reunir la memoria crítica que dio cuenta en su momento de una obra algo alejada de los favores comerciales y, por alguna extraña razón, de buena parte de los medios que auguraban la crítica literaria en Colombia, tal y como anota Germán Espinosa en el primer texto aquí recogido:

*Indudablemente, [R.H.] personifica como el que más un momen-*

*to fulgurante de nuestras letras, antaño traicionado por una crítica mediocre; un momento que la crítica nueva —en especial la que brota de los departamentos de literatura— apenas empieza a digerir, pero que el público, de una manera copiosa, gracias tal vez a esa intuición del lector en quien, a veces, triunfa el instinto sobre el análisis erudito, recibe con entusiasmo creciente y, agregaría yo, con cierto lúcido fervor<sup>1</sup>.*

Escritos en el periodo 1975-2005, los cuarenta textos incluidos en *R. H. Moreno-Durán. Fantasía y verdad. Valoración múltiple*, comportan en general dos grandes núcleos: aquellos artículos críticos sobre su obra narrativa —algunos incluso publicados ya hace tiempo en el Boletín Cultural y Bibliográfico—, seguidos de un apartado llamado “R. H. Moreno-Durán en breve”, suma de textos publicados en Latinoamérica, España y Francia, y que incluye además algunos discursos escritos a manera de lanzamiento editorial<sup>2</sup>.

Juan García Ponce abre, según criterio de la compiladora, la tesis que varios textos del libro mantienen sobre la trilogía *Femina suite*, compuesta por las novelas *Juego de damas*, *El toque de Diana* y *Finale capriccioso con Madonna*. Dicha revisión temática es, en realidad, una recapitulación de los asuntos centrales en la narrativa de Moreno-Durán, esto es, su férreo carácter intertextual, sus referentes, su humor y, desde luego, su especial propensión hacia los asuntos del bello sexo: “En el mar por el que navegamos ahora, o sea en la trilogía de Moreno-Durán, el objeto que unifica a los libros es la contemplación, el análisis, la celebración y el vituperio de la mujer”.

Este vituperio, justificado tras un complejo esquema de referentes trastocados en forma acuciosa, permite que el lenguaje sea un artefacto útil a los fines de una maquina empresa literaria. Entonces, resalta el articulista la estratagema de cada una de estas novelas. En *Juego de damas*, por ejemplo, la figura peni-

tente de Rodolfo Monsalve, que sirve además de panacea de una suerte de feminismo rezagado, conlleva a esa irónica y perfecta clasificación por la que las mujeres, al desarrollar de manera natural sus facultades dentro de los avatares de la ‘coñocracia’, pasarían impunemente del estado de Meninas al de Mandarinas y luego a la honrosa categoría de Matriarcas. Este y varios textos habrán de hablar del asunto, todo como consecuencia de una reunión —no digo que desafortunada— de posiciones críticas en especial coincidentes. No cabe más que dejar que la exploración subsiguiente permita que los juegos semánticos y la concatenación lúdica de unos y otros referentes clásicos y contemporáneos ayuden a definir una vez más la obra del autor desde los pliegues mismos de su discurso, caso concreto de estas ‘novelas de juventud’. Así lo expresa Gabriel Adolfo Restrepo, en su artículo “*Femina suite*: sortilegio del verbo”: “En esta triple aventura de lo verosímil, el cuerpo narrativo denuncia de principio a fin un talento excepcional. Hay en ella una rara libertad, una fruición exquisita con la lengua, el placer de crear, el delirio por el juego y por el humor”. Reproduzco, en todo caso, aquellos pasajes que, más allá de decirnos lo obvio o de repetir los asuntos paradigmáticos en la obra de Moreno-Durán, van formulando una teoría que, como sugerencia a los editores de esta compilación, habrá de servir para emprender un ensayo de gruesa factura y no sólo para formar parte de un libro de refritos en pos de una justicia tardía<sup>3</sup>. Dice Restrepo: “Esta doble faz transmite a la trilogía una marca de bien fundado orgullo, muy distante de esa supuesta vanidad que le endilgan quienes suelen acudir al jibarismo criollo, esa ancestral técnica de reducir cabezas, e ideas, a mínimas y usuales proporciones”. He aquí que, luego de entrever los fundamentos narrativos que alimentan estas novelas —trastuntos semióticos, arquitecturas simbólicas—, vuelve a cuento la dicotomía que se sugiere desde el mismo título de esta suma crítica. La fanta-

sía alienta en R. H. la posibilidad de la realidad como asunto susceptible de reescritura y reformulación. “Estas ambigüedades de lo ideal y lo material, este doble juego de creación y de recreación, de libro en el libro, de ficción de ficciones, confieren una atmósfera muy singular a la trilogía”.



Sobre *Los felinos del canciller*, siguiente novela a tratar dentro de la selección, valga acudir al texto de José Eduardo Jaramillo Zuluaga, “Los felinos del canciller: crítica de las fundaciones”, para anunciar el juego asociativo, la paráfrasis y los guiños de todo orden contemplados desde la ‘interpretación’, acaso certera, de elementos como la historia y su reescritura. Apoyado en una afirmación de Carlos Fuentes —“imaginar el pasado para recordar el futuro”—, Jaramillo Zuluaga construye una teoría de la ‘fundación’ en aras de allanar la tesis de su ensayo, la simbiosis casi telúrica que Félix Barahona ha de tener con Nueva York y la isla de Manhattan —“que en lengua india quiere decir *aquí nos emborrachamos*”—, mientras intenta reconstruir la historia de su familia, además de hacer de esto un argumento más para socavar en uno de los puntales de la novela, *La Atenas suramericana*, aquel epíteto dado hace ya mucho tiempo a Bogotá. Por otro lado, Jaramillo Zuluaga, haciendo énfasis en lo vagas e innecesarias que pueden llegar a ser las interpretaciones que poco o nada significan dentro del trazado mismo de la narración, anuncia las sabidas coincidencias o asociaciones que surgen de la lectura de

esta novela, aparte de las que tienen que ver con Angélica, hermana de Félix, y un poema (*Angelina*) de Rafael Pombo<sup>4</sup>:

*A la posible identidad de Félix Barahona con Rafael Pombo podría añadirse la que existe entre la escritora Soledad Acosta de Samper y el personaje novelesco de Soledad Aposta; entre el poeta tolimense Diego Fallon, autor del poema La luna, y el poeta ficticio Dalcon, autor de Selene; entre Jorge Zalamea Borda y un amigo de Félix que se llama Jorzalbo.*

Es cierto, la crítica literaria, complacida con dichos descubrimientos, no hallará aquí más que vacío. De allí que, hacia el final de su breve ensayo, lleve su teoría de las fundaciones a dicho campo, “esa curiosa preeminencia que adopta nuestra crítica frente a la obra literaria”. Más adelante concluye: “La crítica ya no puede discurrir a partir de esa ‘verdad’ o de ese principio en que se fundaba (...). La verdad no es propiedad de la crítica ni de la literatura. No podemos detenerla e inmovilizarla”. Así, el asunto propio a la memoria y a su reconstrucción, sigue su cauce desde el texto del investigador y catedrático Marco Palacios, centrado en entender el gran marco histórico que recoge el relato de Félix Barahona. Por lo demás, y sabiendo hasta qué punto la memoria es el soporte de esta novela de Moreno-Durán, dos cosas son aquí insustituibles, en tanto el texto de Palacios resulta de vital importancia para cualquier análisis posterior de *Los felinos del canciller*. En primer lugar, baste con citar la justificación que el ensayista hace a propósito de su texto: “quiero subrayar que mis juicios no son estéticos; no soy un crítico-instrumentista sino un lector encaminado a cotejar el grado de verosimilitud de la novela”. Luego, y relacionada directamente con esa condición denunciada, hay que entender la lectura a partir de la cosmogonía de ‘extraviado’ propia al último de los Barahona: “La reconstrucción de

este mundo en la memoria de Félix Barahona se erige sobre elementos demasiado selectivos que acentúan las características de una vida privada suprasensible, penetrada de un europeísmo despreciativo del medio colombiano”.



Se incluyen en esta selección, quizá como ensayos de cariz un tanto más abarcador, un par de textos de Rafael Gutiérrez Girardot y Raymond L. Williams, respectivamente, ambos dedicados al análisis conjunto de *Los felinos del canciller* y la obra de Gabriel García Márquez, caso específico de la crítica que de la aristocracia bogotana hacen novelas como *Cien años de soledad*. Empieza Gutiérrez Girardot por dibujar una cartografía detallada del fenómeno en Latinoamérica hasta llegar a un análisis de *Los felinos del canciller*, vista como una novela de ‘castas’ —los Barahona como eje político del discurso trazado aquí por Moreno-Durán—, una novela de ‘simulacro’ lejana de la novela de ‘caricatura’ que conviene en ser, esta sí una novela de tipo social, *Cien años de soledad*. Anota Gutiérrez Girardot:

*La crítica de Moreno-Durán a esa aristocracia no es caricaturesca como la de García Márquez a la aristocracia bogotana. La diferencia no radica solamente en la diversa intención sino sobre todo en la perspectiva diferente. En García Márquez, la figura de Fernanda es central y tiene la función de contraste. En Moreno-Durán, los Barahona son el tema de la novela y para resaltar sus rasgos no requieren contraste al-*

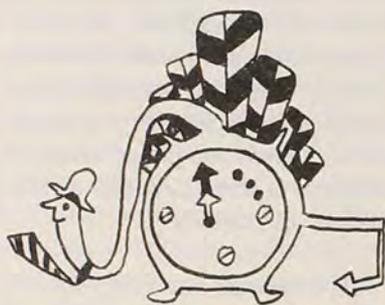
*guno. La simple descripción de sus actividades es ya una caricatura. Este desplazamiento de la perspectiva permite a Moreno Durán matizar los rasgos caricaturescos y con sutileza y despliegue de humor, de cultura y de juego de palabras, darles una dimensión más crítica, no polémica como lo hace García Márquez.*

El texto que sigue, un tanto similar al anterior, presenta una revisión general de la novela “moderna y posmoderna” escrita en el país entre 1965 y 1987. En cuanto al motivo del homenaje, puede decirse que el breve trecho sobre Moreno-Durán ayuda a entender esta novela en un contexto subcontinental, necesario además para una puesta en escena más completa. Aparte de esto, vale la pena detenerse en la siguiente apreciación:

*Al comentar esta obra, sólo los lectores superficiales enfatizarán la anécdota familiar, ya que los elementos más importantes y los verdaderos focos de la narración son el lenguaje y la escritura. El verbo que refleja la esencia de la obra es ‘manipular’. El lector superficial podría entonces decir que la frase nuclear que refleja la totalidad de la narración es: ‘La familia Barahona manipula las vidas de otros’ con lo que resumiría tres generaciones de manipulaciones políticas.*

Luego de un último ensayo a propósito de *Los felinos del canciller*, “El espejo espeso” de José Balza, Jaramillo Zuluaga repite homenaje. Se trata de un texto más bien ligero, escrito a manera de presentación, y leído como discurso de lanzamiento de la segunda edición del volumen de cuentos *Metropolitanas*. “Dicho a la manera de Pirandello, son seis voces de mujeres en busca de nombre”. Las matrices críticas e interpretativas están más que definidas, las averiguaciones siguen siendo —para bien de la consulta académica— las mismas, el sarcasmo, la medida y culta caricatura de los hechos, acaso el mismo

carisma para dibujar la ficción sobre el cuerpo susceptible de la historia, como ha de verse en la reseña bibliográfica que de la novela *Mambrú* se incluye a continuación, escrita por Óscar Torres Duque y publicada en 1997 por la revista El Malpensante. Aquí la historia patria, la Guerra de Corea y el insigne Batallón Colombia: “En *Mambrú* no hay redención sino ironía, caricatura: danza macabra en lugar de monumento. Y la danza macabra —tópico medieval— está aplicada aquí a la visión de la guerra”.



La compiladora de R. H. Moreno-Durán, *Fantasia y verdad. Valoración múltiple* ha tenido a bien incluir un ensayo propio: “R. H. Moreno-Durán: el futuro en el pasado y el presente”. En él, Luz Mary Giraldo identifica varios elementos propios al inmenso territorio narrativo de Moreno-Durán, en un texto que bien habría servido de prólogo a la selección: aquel autor que, al igual que buena parte de sus personajes, “recorre metáforas y símbolos, entra en redes asociativas, en mapas y cuerpos, en sonidos y ritmos de la vida artística y de la esencia cotidiana”, ratificando, por lo demás, la idea de “ciudad como centro del mundo, la cultura como ciudad, el universo descentrado en un mundo pulverizado, en crisis y amenazado por la disolución del objeto”. A través del concepto original de la Arcadia, “que es idilio con culturas ajenas aprendidas, impuestas o deseadas”, la autora ejemplifica la ya manifiesta estructura a través de un cuento incluido en *Metropolitanas*, “Lycée Louis-LeGrand”, relato de

una profesora que lee y escribe sobre literatura francesa, al tiempo que es poseída por su amante. Más adelante añade: “Los personajes del libro, especialistas en literatura, conocen el valor de la *summa* del conocimiento forjado en la Arcadia del saber y el ideal del cuerpo que se goza placentemente”.

Diógenes Fajardo Valenzuela cierra la primera parte del homenaje a Moreno-Durán con un ensayo crítico dedicado ya no a la prosa del autor boyacense, sino a su otro gran afecto, el ensayo, visto aquí desde la reseña del libro *De la barbarie a la imaginación*. Recuerda, para refrendarlo, el primer texto literario que el autor publicara, “Lautréamont, un prolegómeno de la rebelión”. De entrada, interesa a Fajardo el explayarse sobre los problemas de la llamada crítica hispanoamericana, el punto flaco de nuestra literatura, según una afirmación de Octavio Paz. La inflexible ‘crítica de la crítica’ que parece ser el abre bocas a la lectura del libro de Moreno-Durán se reafirma con esta desalentadora premisa, ahora de José Miguel Oviedo:

“La crítica podría, así, ser definida como la actividad por la cual un hombre opina sobre la opinión de otro, que ha adoptado la forma de novela, cuento, poema, etc. No veo cómo podemos escapar del relativismo de esa tarea, relativismo que es su límite pero también su apasionante riesgo”. En *De la barbarie a la imaginación*, el asunto va por otro camino a las cuestiones planteadas por Fajardo. Primero, desde el valor ontológico que la novela ha de tener al figurarse como soporte del mundo contemporáneo, y luego como una suerte de documento eminentemente latinoamericano que sostiene que el nacimiento del *boom* no es otra cosa que “la más extraordinaria toma de conciencia por parte del pueblo latinoamericano de una parte de su propia identidad”, según apunta el propio escritor.

“R. H. Moreno-Durán en breve”, segunda parte del libro, recoge algo más de treinta reseñas y noticias bibliográficas que dan ya un perfil más general de su obra<sup>5</sup>, aunque ten-

gan, por obvias razones, la propiedad de repetirse en algunos aspectos hartamente explorados. Importa aquí volver sobre la tesis ya esbozada: tomar el libro no como un todo, sino como una especie de texto de referencia, quizá para emprender alguna pesquisa académica o para permitir que el epíteto ‘homenaje’ sirva de colofón a las futuras inspecciones críticas que sobre el autor puedan y deban adelantarse en el futuro. Por último, se trata de una selección que ha de ser consultada en aras de abrirse a la posterior lectura de la obra de Moreno-Durán, porque muchos reseñistas seguimos entendiendo que las reseñas bibliográficas sirven justamente para eso. Se habla en este apartado de la colección de narraciones breves *Cartas en el asunto*, el ensayo *Taberna in fabula, la experiencia leída*, la novela *Camus, la conexión africana*, el inclasificable volumen de semblanzas femeninas *Pandora*, el libro de cuentos *El humor de la melancolía*, el breve ensayo *Mujeres de babel* —prueba de uno de los grandes afectos literarios de Moreno-Durán: James Joyce—, el ensayo *Como el halcón peregrino*, la rara biografía *Fausto. El infierno tan leído*, así como del libro sobre sor Juana Inés de la Cruz, *Cuestión de hábitos*, referido de manera magistral aquí por un ensayo del dramaturgo e historiador Carlos José Reyes. Quedamos, entonces, abiertos a una obra crítica cuyas posibilidades habrán de perdurar más allá de las *fundaciones* atrás mencionadas, una obra construida —como enuncia Darío Jaramillo Agudelo en su reseña de *El humor de la melancolía*— desde “los pliegues de los pliegues de la historia”.

CARLOS ANDRÉS  
ALMEYDA GÓMEZ

I. Este artículo, de cierta forma laudatorio, apareció originalmente en *La verdad sea dicha*, libro de memorias del maestro cartagenero publicado en 2003 por la editorial Taurus. De entrada, parece propicio para abrir esta compilación, dado que le sirve, de alguna manera, de prudente introducción, de no

ser por estar antecedido de un texto algo corporativo que da noticia del porqué de esta publicación de la Universidad Nacional.

2. Cuatro textos desmienten la presunción que sugiere el carácter anodino de dichas presentaciones. Álvaro Pineda Botero, Hernán Lara Zavala, J. E. Jaramillo Zuluaga y Azriel Bibliowicz hablan aquí de los libros *De la barbarie a la imaginación*, de la novela *Camus, la conexión africana*, del volumen de cuentos *Metropolitanas* y del ensayo *Las mujeres de Babel*, respectivamente.
3. Sin querer ser aguafiestas o pecar de resentimiento, ha de saberse que la empresa editorial que nos compete surgió en medio de la enfermedad de R. H., un cáncer que finalmente terminó con su vida. Tiempo después he visto con sorpresa cómo los medios editoriales y las universidades olvidaron hacer lo mismo con el maestro Germán Espinosa, cuya enfermedad y lastimosa soledad terminaron con él en octubre de 2007.
4. “Felino ser que se acaricia él mismo, / cuando parece acariciarnos grata; / siempre con el más digno es más ingrata, / y es el mayor lauro la mejor traición”.
5. Los autores incluidos en este apartado son: José María Carandell, Marcelo Cohen, Julio Olaciregui, Gerardo Mario Goloboff, Rolando Camozzi, Luis Suñén, Robert Saladrigas, Francisco Sánchez, Antoni Munné, Óscar Torres Duque, Darío Jaramillo Agudelo, Hernando Valencia Goelkel, Marié-Madeleine Gladieu, Fernando Cruz Kronfly, Hugo Chaparro Valderrama, Joaquín Marco, Juan Goytisolo, José María Espinosa, Juan Gabriel Vázquez, Gabriel Jiménez Eman, Jaime Mejía Duque, Alexis Márquez Rodríguez, José Balza, Wilfredo H. Corral, Azriel Bibliowicz, Carlos José Reyes y Juan Villoro.

## Salmona y la poética del espacio

### Tríptico rojo.

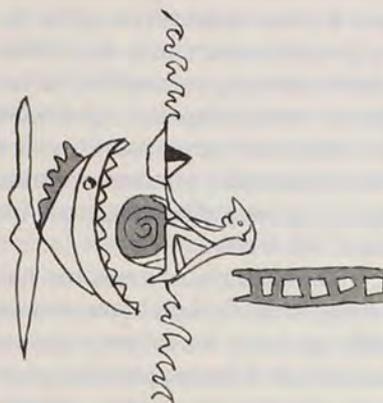
#### Conversaciones con Rogelio Salmona

Claudia Antonia Arcila

Taurus, Bogotá, 2007, 192 págs., il.

Hay que empezar con una advertencia: quien, al leer *Tríptico rojo*, espere encontrarse con un libro sobre la obra arquitectónica de Rogelio Salmona quedará decepcionado. El libro, incluso, difícilmente puede considerarse como un libro sobre

arquitectura, en sentido estricto. De lo que se trata es de una serie de reflexiones sobre temas sin duda relacionados con la arquitectura, pero también con otros campos de la actividad humana.



Los tres elementos del tríptico son la casa, la ciudad y el paisaje. Las citas de Gaston Bachelard son notables ya desde los dos prólogos —uno escrito por Claudia Antonia Arcila y otro por Juan Manuel Roca—, lo que ya permite pensar que la intención de Claudia Antonia Arcila fue, a partir de una serie de conversaciones con Salmona, hacer algo derivado de la célebre *Poética del espacio*. O de hacer algo que se aproxime a la poesía. El hecho de que un poeta como Roca sea el encargado de escribir uno de los dos prólogos, en lugar de un arquitecto o un teórico de la arquitectura apunta también en esa dirección.

La sección dedicada a la casa empieza con un prelude —de Arcila, no de Salmona— que tiene mucho de delirio místico, en el que se alude a la identificación de la casa —en tanto que templo o tabernáculo— con el cuerpo. La primera casa, según ese arranque delirante, hubiera sido el cuerpo de Adán. Salmona no entra el tema del cuerpo como casa y eso anticipa algo que ocurrirá a lo largo del libro y es que las conversaciones muchas veces parecen ser una especie de diálogo de sordos.

El libro empieza con una pregunta escueta acerca del primer recuerdo de una casa que tiene Salmona y entonces el arquitecto empieza a

hablar del jardín de su infancia. Luego se acaban las preguntas escuetas, casi que se acaban las preguntas, y Arcila se echa un discurso sobre Bachelard y al final menciona la palabra “cuarto”, lo que sirve de punto de partida para que Salmona hable de un cuarto de hotel en el que vivió en París.

Esa especie de discursos paralelos, en lugar del esquema habitual de pregunta-respuesta que suele regir una entrevista, hace que el libro sea entrecortado y tremendamente fragmentario. Por momentos, se plantean ideas interesantes que luego se abandonan. Arcila —que se cura en salud diciendo en su prólogo que el libro no es una larga entrevista sino una breve conversación de muchos instantes— falla como entrevistadora al no repreguntar en momentos claves para mantenerse en un tema y profundizarlo cuando la conversación empieza a abrirse hacia horizontes interesantes.

Hacia la página 44, por ejemplo, Rogelio Salmona declara su interés por las arquitecturas populares y cómo en sus viajes no sólo busca lo monumental sino también las casas sencillas en las que se esconde cierta sabiduría. Arcila, en lugar de detenerse en este tema y tratar de ahondar en ello, se pone proustiana e invita a Salmona a hablar de cómo muchas veces las experiencias del viajero lo devuelven a veces a la ciudad materna. Eso le permite al arquitecto, que trata de volver a las arquitecturas populares, recordar cómo encontró construcciones en Grecia que lo devolvían a construcciones bogotanas.

En todo ese cruce de discursos, se quedan muchas preguntas sin hacer que hubieran podido enriquecer el libro. ¿En qué consiste la sabiduría de las arquitecturas populares de la que habla Salmona? ¿A qué atribuye las similitudes que encuentra entre construcciones griegas y construcciones bogotanas? Sospecho que Claudia Arcila sólo oye a medias a Salmona porque está demasiado ocupada con su propio discurso y por eso no contrapregunta cuando debiera hacerlo.